



LA AUTENTICIDAD DE LA MÁSCARA

Teodoro León Gross

XIV Conferencia Inaugural del Carnaval de Málaga, 2010

(Difícilmente se puede tener interiorizada una fiesta que no hemos conocido en nuestra infancia, en este caso por la amputación dictada por la dictadura que veía en el Carnaval, en su libertad intrínseca, un amenazante ácido corrosivo para la pátina de corrección de su pax totalitaria. Ya lo escribió Rilke: la patria de un hombre es su infancia. Así que somos extranjeros del Carnaval.

Durante las últimas décadas algunos valientes han decidido rescatar la fiesta del desván de la historia, del baúl de los recuerdos irredentos, donde estaba arrumbado con otros cromosomas de esta ciudad tan seriamente no ya destruida sino desvertebrada en 1937; tan severamente desnaturalizada. Creo que ese empeño es realmente admirable: recuperar la fiesta perdida, restablecer la tradición cortocircuitada. Ellos saben que, al menos en una o dos generaciones, su tarea es una tarea destinada a ser sobre todo incomprendida.

Algún gobernante local, expresando quizá un sentimiento extendido en esta ciudad a menudo ingrata, estigmatizó el Carnaval hasta que fuese dignificado. Es una injusticia generalizada, y desde luego una coartada confortable para no asumir los tiempos duros. Por demás, a pesar de las luces y sombras de la fiesta, su dignidad está fuera de duda, puesto que emana del espíritu con que se celebra y del empeño en corregir un error histórico.

Ellos, los promotores del Carnaval, ya han restablecido el hilo con la tradición. Y con seguridad se puede convenir en esta idea: Para que el carnaval llegue a ser mejor nunca, antes habrá tenido que ser bueno. Ellos están haciendo ese trabajo: hacerlo bueno, partiendo de la nada. Así pues, honor para ellos, en su soledad a menudo desdeñada, y también gratitud por la valentía de traer aquí año a año a escritores, historiadores, académicos, alentados a reflexionar sobre el Carnaval, a veces no en la clave más complaciente. La nómina os avala: Alfredo Taján, Garriga Vela, Aurora Luque, Ruiz Noguera, José Infante, Garrido... Aun a sabiendas de que son conferencias no destinadas a ofrecer la mirada entusiasta de un pregonero, sino a reflexionar serenamente, sin la exaltación exultante del 'supporter'. A estas alturas, no es fácil transitar por el camino de la reflexión que ya han recorrido otros con más talento, con todas las temáticas ya ensayadas: –visión mediterránea, las influencias, la tradición, la máscara...- pero siempre se deberá seguir reflexionando.

Esta es mi reflexión.

Creo –según la archiconocida idea Lampedusa en ‘El gatopardo’- que a lo largo del tiempo todo debe cambiar para poder seguir siendo igual.

Para que las cosas continúen siendo lo que son, no pueden seguir siendo para siempre como eran.

Para mantener el espíritu de algo, hay que cambiar sus formas obsoletas o ya fatigadas.

Y esto -me parece- es obvio con el Carnaval.

Esta fiesta recibe una herencia profundamente Mediterránea, donde la liberación es una seña de identidad muy característica. Eso es algo que fluye desde las primeras etapas de la humanidad; con diferentes fiestas en las que babilonios, egipcios, griegos, romanos, cristianos, musulmanes y otros tantos pueblos con sus bacanales, Lupercales, Saturnales, la fiesta egipcia del falo, la Axura, invertían los roles cotidianos de la sociedad, subvertían el orden establecido, daban rienda suelta a sus apetitos alimenticios y sexuales, y expresaban en voz alta opiniones que el resto del año debían callar. La alegría desenfadada con excesos de vino y a menudo con un desenlace en verdaderas orgías sexuales se daban en las fiestas de Dionisos de la antigua Grecia o en Lupercales de Roma o en algunas zonas de la Italia renacentista. En el genoma del carnaval, en el ADN de esta celebración, late sustancialmente algo de eso. El fundamento de la liberación.

En el siglo XXI, en este rincón privilegiado del planeta, ese es ya, sin embargo, un aspecto secundario. En cambio, lo lúdico y lo crítico adquieren un relieve preponderante. El Carnaval actual conserva la impronta de la ruptura del rigor de la realidad cotidiana, la provocación del orden social y su versión oficialista, caracterizada por el dogmatismo y el inmanentismo, como apunta Bajtín. Naturalmente ya queda lejos el duelo de don Carnal con doña Cuaresma, la alegría anticipada en el calendario ante los días oscuros y tristes que se avecinan, tal como retrata el Arcipreste de Hita. En definitiva, va quedando lejos el carnaval concebido a la medida del calendario cristiano, cuando iba a comenzar el ayuno materializado en la prohibición de comer carne –la ‘carne levare’, la retirada de la carne- y se desataba una fiesta de despedida. Eso en el siglo XXI es irreal.

Así pues, podemos pensar que el reciclaje como fiesta esencial para el siglo XXI pasa por otras claves. Y su entendimiento también.

Más allá de su etimología y de las fases primigenias de su genética, creo que hay que atender, sobre todo, a las grandes claves sociológicas de la contemporaneidad, para preguntarse qué representa el Carnaval en esta sociedad. Y creo que en particular conviene centrarse en una noción que interesa sustancialmente a la Filosofía actual: la simulación, el simulacro. He ahí dos claves medulares de nuestro tiempo. La cuestión, reflexionando acerca del carnaval, sería: ¿cómo debe ser la gran fiesta de la simulación en un ciclo histórico donde casi todo es simulación?

El Carnaval -yo diría- siempre ha tenido un punto clave: desafiar lo real. Naturalmente –en términos filosóficos- para desafiar lo real, hay que tener una noción exacta de lo real. Algunos grandes pensadores advierten entonces de un problema: si nuestra idea cerrada sobre lo real deja de ser posible, entonces la ilusión se convierte en imposible. ¿Es eso posible en la actualidad? Jean Baudrillard, al abordar esta cuestión, toma una referencia reveladora: el cuento de Borges sobre los cartógrafos. La historia de un Imperio que decide hacer un mapa tan perfecto que termina por ser del tamaño del propio Imperio; es decir, por cubrir completamente el Imperio. Se trata de una ironía paradójica: finalmente el mapa es el territorio mismo. El mapa de escala 1:1 ya no es una simulación del territorio, sino que se convierte en éste. Ya no es un concepto abstracto; y eso anula la clave esencial que debe existir entre la realidad del territorio y la simulación abstracta del mapa: ser diferentes. El filósofo apunta ahí a una clave de nuestro

tiempo: los modelos de lo real se hacen pasar como realidad, así que, como ocurre con el territorio y el mapa en ese cuento de Borges, ya no se sabe que es lo real y qué lo hiperreal.

[a efectos carnavalescos, aunque ya llegaremos a eso más tarde, es como si no hubiese diferencias entre el disfraz y la realidad, como si uno se disfrazara exactamente de sí mismo, o de otra persona real exactamente tal como ésta es. En ese caso se perdería lo que da poesía, encanto, atractivo al disfraz: la evidencia de que es algo artificial, honestamente artificial, escogido por razones lúdicas o provocadoras. Es aquello que planteaba Oscar Wilde en su libro predilecto: La decadencia de la mentira. En la creación humana, sea un libro o un disfraz, no hay nada más absurdo que tratar de construir un espejo de la vida con toda exactitud, eliminando la creatividad, el ingenio.]

Así pues, esta es la cuestión: al presente le toca vivir un mundo en el que se pierde lo que es ilusión frente a lo que es realidad. Y en definitiva, cuando la simulación interfiere en la realidad, ésta se desvanece. En esto no hay grados intermedios. No hay seudorrealidad. Es o no es real. (no se puede estar sólo ‘un poco embarazada’ sino embarazada sí o no; como en aquel diálogo de los ‘Tres sombreros de copa’ de Miguel Mihura cuando él le pregunta a ella si su padre es militar, y ella responde “Sí, pero poco”. Ese era un diálogo del teatro del absurdo, pero en este tiempo eso se ha convertido en una tendencia creciente: las seudorrealidades). Y en esto consiste el fundamento de ‘la simulación’.

En definitiva, un fenómeno bastante corrosivo; sobre todo porque cada vez hay más asuntos hiperreales. Sí, sólo son signos; pero en efecto “esto no los hace más inofensivos”, puesto que en definitiva son inverificables por nuestra idea del orden que sólo sabe moverse en lo real y lo racional

Podríamos preguntarnos: ¿El FMI controla los movimientos financieros internacionales o sólo sirve para que se pueda pensar que hay algún control sobre los movimientos financieros internacionales? El presidente de EEUU ha denunciado algo de esto, así que deberíamos considerar la cuestión. ¿Cuántos departamentos del Gobierno no gobiernan sino que sólo simulan? No les digo nada en las autonomías o las diputaciones, o, va de suyo, en las mancomunidades. ¿Cuántos altos cargos hay sin nada de altura a su cargo? Nuestro orden de referencias a menudo no puede hacer nada ante las imposturas de la simulación. En el caso del poder, constantemente están reinyectando cargas de realidad para transmitir la percepción de que ellos están ahí actuando y controlando la realidad: dan ruedas de prensa, ofrecen un lenguaje de gestores afanosos, convocan reuniones formales, ¿y para qué sirven? Pues a menudo sólo sirven para que parezca que sirve. Frecuentemente en las reuniones internacionales se quitan el pinganillo y dejan de oír a los traductores. No les interesa lo que se dice. Están allí porque hay que estar allí. Ponen cara de interés pero no les interesa. Se trata de simulación.

En realidad ésta se expresa por doquier. El mundo virtual crece: amores por internet, sexo con máquinas, juegos con máquinas, conversaciones con un software... Proliferan las imposturas. Y todo esto diluye la realidad: los ejércitos se disfrazan de oenegés; los terroristas se encubren de libertadores melancólicos; los burócratas se hacen pasar por gestores; los dictadores se autoproclaman demócratas; las cotillas de la prensa del corazón se hacen pasar por periodistas. Como observa Hans Magnus Enzensberger, los jóvenes de los barrios altos usan tendencias de moda para parecer desharrapados y los jóvenes de los barrios suburbiales se ponen camisetas donde se lee Harvard o Princeton University, las universidades a las que van los jóvenes ricos que se disfrazan de desharrapados, pero a las que ellos no irán pero visten camisetas como si hubiesen estado allí. Parece de locos ¿o no?

Los sistemas de atención a los enfermos no se llaman Ministerio de Enfermedad o Consejería de Enfermedad, sino de Salud (si se trata de salud, ¿para qué sirven? De hecho se ocupan de la

enfermedad); los antiguos Ministerios de Guerra se llaman Ministerios de Defensa (aunque suelen atacar, prefieren retratarse en la defensa, y raro será que no se acaben llamando Ministerio de Acciones de Paz). Esos nombres no son casuales. Como sucede con el nombre de las invasiones y ataques de EEUU desde la invasión de Panamá en 1989 denominada 'Causa Justa'; la de Somalia en 1992, 'Restaurar la Esperanza'; Haití en 1994, 'Rescate de la Democracia', y así sucesivamente hasta la 'Libertad Duradera' tras el 11-S. La existencia de las palabras hace pensar que son reales.

Todo va disfrazado. El lenguaje es el gran disfraz del ser humano: a los porteros de toda la vida les llaman 'vigilantes de finca urbana'; a las asistentes, 'empleadas del servicio doméstico'... Está bien, los nombres están bien, pero lo que hay que mejorarles no es el nombre sino el sueldo, no el nombre sino la seguridad social, la jubilación, la cobertura. La dignidad no se mejora con el nombre sino con las condiciones de trabajo. Es la simulación retórica.

Y lo que resulta más arrollador: el paisaje natural del glamour de las mercancías. Quizá, como dijo un observador lúcido de la realidad, la summa de la civilización sea la cajita de la joyería Tiffanys de la Quinta Avenida NY; esa caja turquesa, con su lazo maravilloso con trenzado Audrie Hepburn, su papel de seda, su envoltorio encantador que al final sólo contiene una pulserita de plata de unos pocos dólares. Ya se sabe: da más sabor la caja de bombones que los propios bombones. Se impone el disfraz. Y así nos reconocemos en un paisaje de objetos, depositarios de nuestros sueños, de nuestras obsesiones. Tuneamos las cosas para tapar la realidad bajo apariencias. Un iPhone lo tiene cualquiera, así que el producto estrella en las ferias de tecnología son las pedrerías de Swarovski para encubrirlo.

Esto conecta con otro fenómeno realmente sustancial: la teatralización de la vida social. Somos lo que somos para la mirada de los otros. En buena medida conformamos nuestra identidad desde el punto de vista de la alteridad. Los otros, en ese sentido, nos convierten en un espectáculo... y al cabo actuamos para ellos. Desde lo más básico -quien hace el papel de buen esposo o esposa aunque tenga un o una amante, quien se muestra como un empleado comprometido aunque esté deseando que a su jefe le dé un infarto; quien se exhibe como un alumno aplicado aunque esté pensando que el profesor es un verdadero mentecato- a los engaños profundos de la condición humana. La tendencia es a reducir lo real cada vez más a las apariencias. Ese, me parece, es un gran asunto.

El éxito de la identidad prefabricada radica en que cada uno se diseña a sí mismo en función de lo que cree que es mejor ofrecer.

Actuamos, por tanto, con lógica publicitaria.

¿Cómo vender bien el producto...ese producto que somos nosotros mismos?

Cada cual se convierte en el empresario de su propia apariencia.

El reloj más usado por los individuos de mediana edad con alto poder adquisitivo es el 'submariner'; aunque nunca harán submarinismo. Esa es la gestión de las apariencias: la pintura de las canas con última tecnología o la enorme talla 38 para esa señora que se resiste a la 42. Y así todo. No se trata de un carnaval de apariencias falsas, sino de la carnavalización de la realidad.

La gran simulación.

Los sociólogos observan cómo se oculta la intensidad verdadera de las cosas en un éxtasis de imágenes; una pornografía arrolladora de información visual. Las autopistas de la información no llevan a cualquier lugar sin salir de casa. El festín de Internet. ¿Cuántas chicas entran desnudas en las casas a través del ordenador? ¿Cuántos paraísos artificiales? Hay una tendencia al voyeurismo en soledad. Y estamos cada vez más apegados a las tecnologías para consumir ese estilo de vida –gigas, píxeles, ordenadores hiperveloces, pantallas planas de cristal líquido, de tecnología led, ahora el 3D...el anillo ORB que vibra cuando recibes una llamada o un mensaje, que incluso se puede leer; el brazalete Waveface que luce mensajes o imágenes en movimiento como pantalla flexible, y tantos otros gadgets-.... En fin, así va esto.

La sociedad de consumo fomenta una manipulación cotidiana de la vida individual y social en todos sus intersticios. Estamos ante el Imperio de la Seducción. El sistema fetichista de las apariencias marcado por la obsolescencia. En definitiva estamos condenados a nuestra imagen. Ver y ser vistos. Esa es la consigna en el juego transparente de la frivolidad tan característico de la época. Actuamos como sujetos de la mirada de los otros: para ser vistos. Es una reflexión que deja un regusto amargo: necesitamos las miradas de los otros para materializarnos como sujetos, puesto que en definitiva somos sujetos contruidos para ser vistos. El ‘homo videns’ –según la tesis de Giovanni Sartori- es esta versión posterior al homo sapiens que se conforma con la imagen y ha dejado de pensar.

Este plano visual, al margen de la razón, es esencial en la simulación, en el simulacro de lo real. El filósofo observa entonces cómo el modelo perfecto de occidente, de nuestro estilo de vida, es Disneyworld: ese microcosmos donde se depura todo lo que no nos gusta de la vida y ésta se reduce al lugar impecable, perfecto, la fiesta de nuestro sistema de valores, donde la realidad se reemplaza por gadgets estupendos, deliciosos, encantadores. O pensemos en algo más cercano: el pueblo andaluz; o al menos esa modalidad residencial tan habitual en la Costa del Sol que denominamos ‘pueblo andaluz’, ‘andalusian village’. Es un pueblo sin olor a corral, sin gritos iletrados, sin cuestas, sin el canto del gallo a deshoras, sin botijos, sin hogazas espesas, sin dispensarios de salud demasiado lejos; nada de eso, se trata de un pueblo andaluz con jacuzzi en la terraza, con tres plazas de garaje, con césped artificial, con cenadores de junco africano, con pan light y tinto light, con sauna en el baño, con videoporteo, con estuco veneciano... ¿Pero es así un pueblo andaluz? No, desde luego que no, sólo su simulacro, la conversión en un decorado. De esto se trata.

En el imperio de lo efímero, de hecho, ya ni siquiera tenemos referencias. Hasta los ídolos son transitorios. Antes un cantante o un grupo nos duraba toda la vida; ahora las estrellas del rock duran un par de años; los gurús intelectuales se cambian de temporada en temporada; las estrellas de la televisión van tan rápido que apenas recordamos sus nombres, sólo sus rostros familiares. Hay una creciente rotación de celebridades. Se trata de una patológica inclinación al relevo. Todo entusiasmo es cada vez más pasajero.

La filosofía y la sociología observan con perspicacia que nuestra proyección en el plano social está determinada por las mercancías. En particular nos proyectamos a través de dos: la casa y el coche. Nos disfrazamos –en el peor sentido- con casas y coches sobre nuestras posibilidades. Compramos ese modelo alemán digno de un señor, ese italiano deportivo propio de un tipo atractivo, ese vehículo sueco tan racional, ese minicoche suizo para quienes se pueden permitir un coche tan grande que optan por la opción chic de uno pequeño. Y lo mismo sucede con las casas. ¿Quién eres? Pues eres según donde

vives, como vives. Así que el individuo debe elegir con qué casa y con qué coche quiere que se le identifique; a medirse así ante los demás.

El consumo es un sistema ineludible de participación EN EL CARNAVAL DE LA REALIDAD. Vale la pena reparar en la condición de máscaras que caracteriza a los objetos de los que nos rodeamos. Tapamos nuestra realidad con ellos. Y esto se acentúa con la obsolescencia. El caso del coche es paradigmático: en pocos años, muy pocos, cada modelo ya es anticuado. Los diseñadores los transforman para que el modelo anterior quede envejecido por el nuevo. La publicidad machaca la pervivencia de los diseños. Del mismo modo que un año está de moda un color, y un año después está demodé; un año hay que ir a ese restaurante que cierra la siguiente temporada; un año lo *in* es viajar a tal sitio y otro es lo *out*... Lejos del sentimiento juanrramoniano ante el confort de los objetos más propios (¡qué quietas están las cosas, y qué bien se están con ellas!) referido a nuestras pequeñas cosas que nos hacen compañía en casa, que tienen memoria sentimental, que nos alegran con recuerdos o nos rescatan de la soledad o al menos nos transmiten calidez... ahora los objetos se aceleran como máscaras de quita y pon, desprovistos de su carácter humano, sentimental.

Son máscaras con las que nos mostramos, puramente representativas, y debilitados por la fragilidad de lo efímero: se busca con ellos la satisfacción y después se tiran, y este flujo marca una constante decepción.

Esto se ha trasladado incluso a las ideas. Groucho Marx, ironizando sobre las ideologías, decía: “Estas son mis ideas. Si no les gustan, tengo otras”. El disfraz ideológico: otra simulación. Como en la mortalidad acelerada de los objetos, nos hacemos ecologistas de ocasión, liberales cuando nos molesta el Estado, progresistas de etiqueta, capitalistas multiculturales, laicos, capillitas en Semana Santa... Vamos cambiando todo eso según conviene. Son nuestros disfraces ideológicos. En definitiva la ideología es sólo un disfraz más.

Uno de tantos

....

Reflexionar sobre cualquier fenómeno debe empezar por reflexionar sobre el tiempo presente, sobre las circunstancias en que se produce ese fenómeno. Al ser invitado a reflexionar sobre el carnaval, me parecía inevitable preguntarme cuáles son las claves de nuestro tiempo para llegar a preguntarme; ¿y bien, qué representa esta fiesta histórica de la simulación en una sociedad donde casi todo es simulación? Decíamos al principio, citando a Lampedusa, que todo debe cambiar para seguir siendo igual. Y en este tiempo necesariamente el Carnaval dialoga con un contexto nuevo; un mundo profundamente – intensamente- marcado por las simulaciones. Un mundo donde todo se disfraza. Seguramente esto es algo que está en la naturaleza humana, entre la hipocresía y la vanidad. Como en el inolvidable artículo de Larra titulado ‘El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval’, donde Asmodeo, héroe del Diablo Cojuelo, guía al Bachiller para mostrarle que en definitiva todo lo que nos rodea –los sentimientos, el aspecto de las personas, las palabras- son engaños disfrazados. Y esto, que sin duda es parte de la naturaleza humana, en este tiempo ha alcanzado la condición de signo de la época, en una auténtica orgía de apariencias y las imposturas.

Así pues, en medio de esta gran mascarada ¿qué significa la máscara del carnaval? Pues yo creo que de repente adquiere un valor esencial inesperado y extraordinario: la autenticidad.

En una sociedad donde casi todo resulta demasiado falso, eso le confiere un valor añadido interesante.

Antes el carnaval era una fiesta artificial en el mundo real, y eso se ha invertido. El Carnaval es una fiesta llena de autenticidad, al menos en dos planos: la diversión colectivizada y la acción crítica.

Estos dos planos se materializan sobre algo determinante: el instinto de lo lúdico. Tanto en la vocación hipercrítica de las letrillas como en la vocación de pasarlo bien, late lo lúdico necesariamente. El Carnaval adquiere, pues, un sentido completamente distinto porque se trata de una fiesta donde la simulación no se hace para engañar a los demás sino para compartir con los demás, para enriquecer la alegría solidaria de la fiesta que se nutre de todos los participantes. Y eso sólo puede tener éxito. **La fiesta son los otros**, se podría decir parafraseando a Sartre, en lugar de su 'el infierno son los otros'... Ya no se trata de ocultarse a los otros, sino de mostrarse, y mostrarse lúdicamente. El disfraz del carnaval no está hecho contra los demás, sino para los demás. No se trata de enmascararse sino de relacionarse a través de la máscara.

La máscara es el espejo del alma

No la cara... la máscara. ¿Quién no eres y quizá estaría bien ser? ¿Qué rostro crearte para compartirlo? Esto recupera el espíritu de aquellas fiestas saturnales en las que, por un día, los amos y los esclavos se confundían, los hombres se pasaban por mujeres y las mujeres por hombres, en definitiva unos se vestían del otro. Esto late en la genética de la fiesta: la noción del mundo al revés, romper los esquemas, explorar al otro. Y así se invita a pensar en soldados disfrazados de pacifistas, skinheads de inmigrantes humildes, culés de futbolistas de provincia, empresarios de trabajadores con miedo a perder el empleo, burócratas de empresarios que arriesgan su dinero mientras las administraciones los ahogan, obispos intolerantes de gays, alumnos violentos de maestros heroicos, anoréxicas de rellenitas satisfechas con una sonrisa regalada al espejo, derechistas de izquierdistas, izquierdistas de derechistas, aduaneros de sinpapeles, ecologistas de toreros, toreros de toros, moralistas de pecadores con sus debilidades... Eso es lo que además convertía y convierte el Carnaval en una fiesta de tolerancia. Disfrazarte para mirar desde la mirada del otro, para dejarte mirar como otro sin el dogmatismo del yo inflexible.

En definitiva el disfraz tiene mucho de autorretrato. Es una confesión de parte. A través del disfraz nos mostramos, mostrando pasiones o vocaciones más o menos íntimas. Y además con la desinhibición de quien sale a la calle pero ya no es él sino otro, otro a través del que se ha dado la noche libre para echarse a la calle sin el lastre de los prejuicios. Ese otro yo es tu alter ego: tú sin la carga del yo.

La alteración del orden es la esencia del Carnaval. El desafío de los esquemas, la tensión sobre los roles establecidos, todo eso está en la esencia primigenia del Carnaval desde la antigüedad. En los siglos oscuros de la Edad Media, incluso llegó a ser común que los sacerdotes eligieran a un obispo de los bufones, comieran y bebieran a su antojo, realizaran una misa cantada con las caras tiznadas o con máscaras ridículas, mientras los asistentes danzaban y coreaban canciones burlescas, y tras concluir la misa muchos bailaban desnudos y salían en viejas carretas lanzando agua y basura al pueblo que los rodeaba. Muchos jerarcas eclesiásticos reprimían en lo posible estas prácticas, pero otros veían en ellas una válvula de escape para las gentes y el clero, y aunque no la defendían, si las toleraban. Todavía en el siglo XVI, el Arzobispo de Sevilla, Alonso Manrique, clamaba contra estas prácticas contra las que tres siglos antes se había pronunciado Alfonso X el Sabio en las Siete Partidas, y durante siglos, diferentes textos normativos de la Iglesia.

La genética carnalera no es una invención, sino una tradición poderosa. Desde luego hoy carece de interés aquel Carnaval de la alegría desatada en víspera del tiempo de recogimiento y ayuno en la Cuaresma. En el siglo XXI ni hay recogimiento ni ayuno ni apenas hay Cuaresma. Hoy el carnevarium, la retirada de la carne en la dieta, carece de la mínima implantación; y ése era el momento en que don carnal asomaba para aquel duelo tan deliciosamente recreado por el Arcipreste en El Libro de Buen Amor. Sí, esa carnalidad está en Río y en otras celebraciones. Aquí el Carnaval es otra cosa. Por supuesto, como en todas sus expresiones, es consustancial la alegría, y además una alegría genuina y solidaria. Como escribió Henri Bergson, la alegría tiene acento triunfal porque anuncia que la vida ha logrado su objetivo y ha alcanzado una victoria. De ahí esos abrazos ecuménicos de los que habla Schiller en su oda 'A la alegría', que tanto cautivaron a Beethoven para componer su novena sinfonía.

La alegría aquí, sin embargo, propende necesariamente al humor. Eso tan consustancial con el ser humano, como enfatizaba Darwin hace doscientos años mientras desvelaba los secretos de éste. La risa es algo misterioso que ha inquietado a Platón, a Aristóteles, Descartes, Hobbes, Kant, Schopenhauer, Nietzsche, o los propios Darwin y Bergson. Y no hay respuestas. La risa hizo rendirse a Cicerón al considerarla un misterio insoluble; hizo escribir a Stendhal su 'Ensayo filosófico sobre un tema difícil' sin resolverlo, pero ¿Qué es? Al final tal vez dé igual, pero lo que sí sabemos es que la risa es parte esencial del código genético del carnaval, al menos de nuestro carnaval, tanto para el modelo de los disfraces como para el otro sustrato fundamental: las letras de las murgas y comparsas.

Si otros carnavales han conservados la carnalidad, la sexualidad explícita, la vocación orgiástica, la provocación, el desafío de las reglas como señas de identidad; en el carnaval del sur de España, de la vieja Bética romana cruzada de influencias, donde hay ecos aunque no haya una tradición continuada como constata Caro Baroja, esas letras sintetizan el espíritu del Carnaval. Son letras para desafiar la verdad oficial, la versión institucional de la realidad, la mirada ortodoxa y sujeta a la retórica del poder, los miramientos pequeñoburgueses, la corrección política... El carnaval sólo puede ser el reino de los **heterodoxos**, donde debe imponerse la ley de quienes dominan la poiesis frente a la praxis, donde el centro de gravedad ingrávida es la palabra. El temario emana de la realidad (*las ayudas frustradas tras el tornado, los contratos a dedos en el Ayuntamiento, la palmeritis y el picudo rojo, la decoración casposa de la ciudad, el cuñao del concejal nepotista, los sueldos de los asesores, los proyectos eternizados como el Guadalmedina o Arraijantal o algunos otros que tienen más años que el propio carnaval, los rifirrafes entre el Ayuntamiento y la Junta...*) y responde a la realidad.

Ya queda lejos en el tiempo la prohibición, la persecución y castigo de los transgresores que cantaban las verdades del barquero con su murga o su chirigota. Ahora se disfruta de una libertad casi radical, donde no hay cortapisas; pero el género sigue siendo un género precioso. Ahora ya no tiene mérito provocar, así que se exige algo más: talento. De hecho, talento y una incorrección política mucho más vitriólica que en cualquier otra forma de expresión. *Un artículo de prensa no va a ridiculizar al alcalde por esa acusación habitual en los mentideros de que el centro de la política municipal se hace en el salón de casa bajo el mando de su mujer, pero ¿por qué no una chirigota? Mientras los medios pelotean a la baronesa Thyssen y el museo, ¿no estaría bien la murga socarrona capaz de chotearse de esas mamarrachadas? La concejala Teresa Porras es una mina para un letrista, también el presidente de la Diputación...* las letras irreverentes hacia esos personajes públicos deben trascender las paredes del concurso y alcanzar la calle hasta la voz popular. Al cabo, los titulares de la prensa contienen invitaciones a usar la risa como coagulante del descontento e incluso la rabia.

Si algo añade el Carnaval es acidez. Y transgresión. Hay un momento en que el aburguesamiento del siglo XIX convierte esta fiesta en algo sin alma, como se deduce de aquel folleto de la Sociedad del Carnaval de Málaga que en 1887 reclamaba “moralizar en lo posible las fiestas carnavalescas estimulando los espectáculos cultos y haciendo desaparecer esas máscaras pornográficas cuya tendencia es la ostentación que, sin halagar la vista, ofenden el pudor”. Qué cosas. Afortunadamente, como recuerda Manuel Blasco, en las primeras décadas del siglo XX, las murgas y comparsas no tenían nada de académico, y en sus canciones flotaba la vulgaridad contando lo que pasaba en la ciudad con gracia desgarrada: el último escándalo, las habladurías del mercado, los desastres de la política, esos eran los temas preferidos. Y sí, eso es el carnaval, con una cierta vulgaridad consustancial, desde luego que sí, ¿Cómo si no? ¿O alguien querría una fiesta de ursulinas el día de su primera comunión?

Como aquellas tremendas ‘cantigas de escarnio y de mal dizer’, sátiras apolíneas de la Edad Media con un descarnado instinto burlesco, las letras de Carnaval deben cantar ‘con ánimo de molestar’. Ese es exactamente su eslogan: con ánimo de molestar. De hecho, debería llegar donde no llega nadie más, desde luego no los grandes medios de comunicación, si acaso alguna publicación de internet desprovista de ataduras y compromisos. Estas letras son aptas para la sátira sin piedad, para el sarcasmo inteligentemente cruel. Y naturalmente, durante unos días, a los poderosos les va bien un baño así. Eso conecta con la mejor tradición interrumpida décadas atrás -como aquellas detenidas en 1908, Luto de posada y Los inundados- con la tradición histórica de la provocación, la vieja idea del paréntesis del Carnaval, unos días robados al calendario.

Es el momento de llamar viejo a ese candidato viejo, antiguo a ese candidato antiguo, pelele a ese jefe de partido pelele, petarda a esa concejala petarda, ¿por qué no? Esto forma parte de la autenticidad del carnaval mientras la sociedad se encubre de simulaciones bajo la máscara de la verdad. Si es así, si las letras se convierten en el mejor periodismo de la ciudad, capaz de sintetizar con humor corrosivo, con instinto crítico ingenioso lo que queda en la memoria de la gente, el Carnaval se hará grande, cada vez más grande.

Por supuesto, las letras no sólo son un ejercicio de química ácida. Como ya adivinó Nietzsche en el origen del teatro y de la propia sociedad griega, ésta oscilaba entre lo apolíneo y lo dionisiaco, la ensoñación y al embriaguez, y en el Carnaval sucede eso...pero su potencia es dionisiaca, o no es. Con todo, más allá de estas y otras viejas referencias, el Carnaval de Málaga –creo- no debe mirar el pasado, sino al futuro; no buscar una memoria nostálgica muchas veces más ficticia que real, sino explorar la lógica de la modernidad en su creatividad.

En definitiva conservar su espíritu pero en constante aggioarmento, en una incesante puesta al día. Porque finalmente tenía razón Lampedusa: es necesario que todo cambie para que todo siga siendo igual; es necesario modernizar las formas de todo para que se conserve su espíritu original.